

## “La música del tiempo aleteando frágil” Una invitación a la lectura de *La voz del retorno*

Ramón Cao Martínez

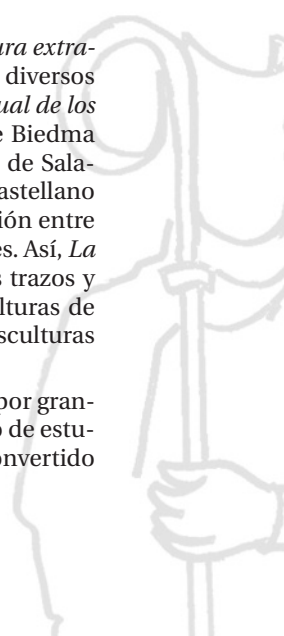
Editado con su habitual primor por Eurisaces, este libro<sup>1</sup> ofrece en su cubierta una sugerente imagen de factura impresionista. Un estilizado árbol desnudo, o apenas con unos tempranos brotes o tardías hojas, se destaca sobre un impreciso trasfondo de frondas, rocas y, tal vez, edificios. En un celaje atravesado por una blanca estela, las sombras y la luz parecen mantener un indeciso duelo. Todo ello, bañado en una irreal tonalidad cromática, hace pensar en “las ascuas de un crepúsculo morado” y crea una atmósfera de misterio levemente inquietante. Excelente invitación visual a adentrarnos en este texto que nos acerca a un poeta de larga y valiosa trayectoria, pero desgraciadamente poco conocido en nuestro entorno<sup>2</sup>.

Pero, ¿con qué nos encontramos una vez traspasado el umbral de este bello volumen? Flanqueados por un prólogo y un epílogo —esclarecedores ambos—, componen este libro cuarenta y siete textos, más bien breves, de una extensión

<sup>1</sup> José María Muñoz Quirós, *La voz del retorno*, Prólogo de Antonio Colinas, Epílogo de Juan González Soto. Eurisaces Editora, Ourense 2015.

<sup>2</sup> La trayectoria de José María Muñoz Quirós (Ávila, 1953) se despliega desde *Ternura extraña* (1983) a lo largo de más de treinta libros cuya calidad ha sido reconocida con diversos y prestigiosos galardones. Destacan entre ellos el Accésit del Premio Adonais (*Ritual de los espejos*, 1990) y los premios Tiflos de Poesía (*El sueño del guerrero*, 1995), Gil de Biedma (*Material reservado*, 2000), San Juan de la Cruz (*Celada de piedra*, 2005), Ciudad de Salamanca (*El color de la noche*, 2008), y Alfons el Magnànim “Valencia” de Poesía en castellano (*El rostro de la niebla*, 2009). Además, fruto de su persistente interés por las relación entre la poesía y otras artes son sus abundantes colaboraciones con pintores y escultores. Así, *La piedra y el viento* (2008), en que las palabras de nuestro poeta acompañan a los trazos y colores de Agustín Ibarrola, *La forma y la palabra* (2013), inspirado en las esculturas de hierro de José Antonio Elvira, o *Todas las hermosuras* (2015), en diálogo con las esculturas de Emilio Sánchez en homenaje a Teresa de Jesús y Juan de la Cruz.

Traducido a numerosas lenguas, seleccionado en diferentes antologías y glosado por grandes poetas (Gerardo Diego, José Hierro y Antonio Colinas), también ha sido objeto de estudios en congresos, de monográficos de diferentes publicaciones, y hasta se ha convertido en materia de tesis doctorales.



variable que en sus contados extremos va de los cinco a los dieciocho versos. Pese a la autonomía de cada una de las piezas, lo más adecuado parece leerlas como integradas en un conjunto unitario, en una secuencia que conforma un único y largo poema. A ello nos inclina el planteamiento del poemario como una suerte de viaje, caracterizado como vuelta, regreso o, según reza el título, como *retorno*.

En las sucesivas estaciones del trayecto lector hallamos pasajes de diferente naturaleza, que contribuyen a la variedad del conjunto: poemas de una rica sensorialidad (visual, auditiva, olfativa), frente a otros de carácter más bien conceptual, reflexivo, interpretativo. Todos ellos empapados de emoción, pues se trata de una poesía que “piensa el sentimiento y siente el pensamiento”. Libro este rico en estampas impresionistas y sostenido por un denso imaginario, en el que es de notar la personal recreación de motivos simbólicos de tan largo abolengo como son, entre otros, la noche, el alba, el atardecer, el camino, el río, la mar y el vuelo.

Como el título del libro nos ofrece ya una primera clave para su comprensión, vamos a seguir los dos sustantivos de aquel (*voz, retorno*) como hilo conductor de nuestra lectura.

### ***Retorno***

Pero, ¿quién retorna? ¿Desde dónde lo hace? ¿Y, hacia dónde?

Quien viaja es un yo, más bien solitario, que a veces se transforma en un nosotros o apela e invoca a un tú indefinido o cambiante (¿el tú amoroso?, ¿un desdoblamiento del yo?, ¿el lector?), o bien a un vosotros; un yo que en otras ocasiones casi se desvanece en la contemplación emocionada del paisaje. En todo caso, se trata de alguien que busca la soledad de la naturaleza y es muy sensible a las sutiles variaciones de su inagotable maravilla. “No sabría / decir cuántos instantes / han ocupado esa mirada, cuántas / horas pasé en los puentes / de aquel río”, exclama. Al contacto con esos espacios familiares —que fueron ámbito de la dicha y del amor pasados, del “tiempo de lo hermoso”— nuestro viajero descubre los cambios operados tanto en sí mismo como en aquel paisaje transfigurado por el recuerdo: “Ya no soy como yo era, como / eran los campos (anchos), como / era el encendido pulso de la encina. / Mucho más ancha el agua”. Y es que, al recorrer estos versos, uno pronto cae en la cuenta de que se trata de un viaje interior, un viaje de la memoria: “Escucho su voz sobre los árboles / de la memoria”, se nos dice a propósito del canto de los pájaros.

Este yo pelea con el tiempo y es uno más de los “fanáticos perseguidores del instante”, del momento siempre huidizo; alguien a quien le duelen las palabras, que lucha con ellas intentando decir lo imposible y que, pese al sentimiento de incomunicación, las invoca, fascinado por “la dignidad de todo lo que merece ser nombrado”. Es —según deja ver un léxico recurrente— un ser humano cansado, fatigado, desilusionado, en derrota, pero que aun con todo su desaliento y cansan-

cio, su conciencia de absurdo y de ausencia de la verdadera vida, no renuncia a su condición de resistente. Si, de un lado, afirma con énfasis la inutilidad de todo (“Os aseguro que vivir no sirve / para nada”), no desiste de su empeño en no claudicar (“me dispongo a vivir / resistiendo en silencio, resistiendo”). Actitud en la que conviven la lucidez desencantada y el coraje, el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad<sup>3</sup>.

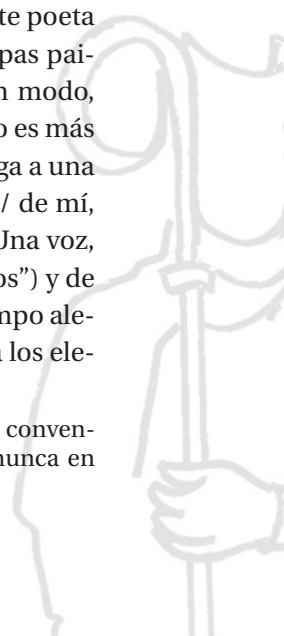
Al acompañar al poeta en su camino vamos descubriendo un paisaje, con sus peculiares orografía (*cerros, páramos, sierra*) y vegetación (*álamos, encinas, pinos*), animado por el frecuente vuelo de las aves (*vencejos, gorriones, águilas*). Paisaje, ocasionalmente urbano (*parque, jardines*), visto a las cambiantes luces del día, con una clara preferencia por sus momentos iniciales (el alba) y terminales (el atardecer, el anochecer), y a lo largo de las cuatro estaciones, con un notorio dominio del otoño.

Paisaje presentado —según se ha advertido— con una mezcla de precisión y vaguedad, y que no es temerario identificar con las tierras de Castilla. Paisaje físico, pues, habitado por unas gentes de carne y hueso y de cuya dolorosa historia se nos habla (así en el poema “Los hijos de esta tierra”). Pero, al tiempo, estado de ánimo, paisaje del alma, emblema de la universal condición humana herida de una incurable nostalgia: paisaje metafísico. El viaje consiste, en definitiva, en un retorno al origen, al principio, en un “desandar los pasos” por un tenue hilo, por un camino extremadamente frágil, en la esperanza de recobrar aquella plenitud primordial (infancia, juventud, tiempo de la dicha), frente a la que toda la existencia posterior puede considerarse como “un lento naufragio”.

### Voz

A medida que nos adentramos en este poema-libro advertimos la importancia que la *voz*, palabra presente desde el mismo título, y en general las sensaciones sonoras adquieren en este poemario. Algo particularmente llamativo en este poeta tan visual, tan amante de los valores plásticos y que tan sugerentes estampas paisajísticas nos ofrece. El yo poético ausculta esa misteriosa voz y, de algún modo, nos incita a afinar los oídos para hacernos capaces de captarla a su zaga. No es más que una “voz / insinuada”, tenue, levisima, que brota de los adentros y obliga a una escucha atenta: “Me llenaba de lúcidos / ecos que surgían desde el fondo / de mí, / que contenían mi voz siempre en la sima / donde acechaba su sonido”. Una voz, vecina del silencio (“el silencio / vierte su triste roce / en la voz de los juncos”) y de la música (“una música para sentir / cautivo el tiempo”, “la música / del tiempo aleteando frágil / presagiándome el dulce manar del día”). Una voz asociada a los ele-

<sup>3</sup> Disposición del ánimo similar a la acuñada por otros poetas: “Sin esperanza con convencimiento” (Ángel González) o “a pesar y aun ahora / que estamos en derrota, nunca en doma” (Claudio Rodríguez).



mentos naturales: al agua (“el rumor del agua”, “la voz de lo perdido / en el fluir del agua lenta”), al viento (“el viento musitaba / su canción transparente entre los junco- cos”), y al canto de las aves, que muchas veces es quejido de dolor y aun llanto, y cuyas voces suenan como “inquietantes sueños, como / débiles susurros”. Una voz vinculada de modo particular a determinados períodos del año (“la voz que suena / en los calientes días del verano”) u horas del día (“La tarde / entonces / se colma de voces, de sonidos, / de vencejos que vuelven / atravesando los corredores de las horas”). En fin, una voz que, una vez acogida, el poeta exterioriza para volverla a recibir de nuevo: “entrego mi voz al aire / que me devuelve el eco”.

Llegado a este punto, uno está tentado a evocar la sugerente definición propuesta por Octavio Paz: “La poesía es la *otra* voz”<sup>4</sup>. Y cómo no pensar, también, en el atento escrutador de misterios del Machado de *Soledades. Galerías. Otros poemas*: alguien con el oído tan fino como para captar un “tenue rumor de túnicas que pasan” (XXV) y para sentir “el roce de la veste pura” (LXIV). Alguien con el corazón bien despierto, alerta, atento, que “Ni duerme ni sueña, mira / los ojos claros abiertos, / señas lejanas y escucha / a orillas del gran silencio” (LX)<sup>5</sup>.

### **Tiempo, memoria, misterio**

Se ha señalado que la entera obra de Muñoz Quirós —tan extensa y variada— está unificada por una personal poética y una voz propia, a las que nuestro autor parece haberse mantenido fiel casi desde sus comienzos. La exploración de la temporalidad, el trabajo de la memoria y el afrontamiento de lo invisible —del misterio, del “envés de la existencia”— son los ejes de tal cosmovisión. Ciñéndonos al primero de ellos, digamos con nuestro poeta que existir es “Vivir frente al ancho / y oscuro mar del tiempo”. Muñoz Quirós aborda ese universal del corazón con tal constancia que se ha podido afirmar que toda su obra no es sino “un único verso lanzado contra el tiempo”. Gran verdad, si matizamos el sentido de la prepo-

<sup>4</sup> “La poesía es la *otra* voz. Su voz es *otra* porque es la voz de las pasiones y las visiones; es de otro mundo y de este mundo, es antigua y es de hoy mismo, antigüedad sin fechas. [...] Todos los poetas, en esos momentos largos o cortos, repetidos o aislados, en que son realmente poetas, oyen la voz *otra*. Es suya y es ajena, es de nadie y es de todos” (*La otra voz*, en Octavio Paz, *Obras completas*, edición. del autor, vol. 1, *La casa de la presencia. Poesía e historia*, Barcelona, 1991, p. 587).

<sup>5</sup> Obsérvense la semejanza y las diferencias del citado verso con estas líneas de Muñoz Quirós en uno de sus libros anteriores: “Al volver / están los ojos tan lejanos / que no divisan la línea de bruma / que nos esconde / el infinito” (*El color de la noche*, Algaida, Sevilla, 2008, p. 51). O con estas líneas de *La voz del retorno*: “Un extraño misterio / destilado de sombra, / oculto como el día / que en la niebla se esconde”. Otros versos machadianos afines a la sensibilidad de nuestro poeta: “El alma del poeta / se orienta hacia el misterio. Solo el poeta puede / mirar lo que está lejos / dentro del alma, en turbio / y mago sol envuelto” (SGOP, LXI). “En esas galerías, / sin fondo, del recuerdo, / [...] la nueva miel labramos / con los dolores viejos” (*ibidem*).

sición *contra* y no dejamos de lado la complejidad de tal actitud: el cuerpo a cuerpo antes aludido es, a la vez, duelo y abrazo, rechazo y acatamiento. Así, el yo poético se nos muestra unas veces como agónico, luchador, rebelde, y otras en cambio, como quien en una actitud contemplativa se abandona fundiéndose con ese incesante fluir temporal, y así, de algún modo, lo trasciende. Pero, matices aparte, lo cierto es que nuestro autor se ha ido enfrentando en un incesante cuerpo a cuerpo —y libro tras libro— a este asunto inagotable que tanto ha dado que pensar y sentir a filósofos y poetas: de Agustín de Hipona a Bergson, Proust, Machado, Heidegger y Eliot, por citar solo a algunos de los más relevantes. Asunto insondable que no solo ha desvelado a la elite del pensamiento y la sensibilidad: las incontables personas corrientes no dejamos de asombrarnos, y en qué medida, ante esa misteriosa realidad.

*La voz del retorno* —excelente puerta de entrada a la rica y dilatada obra de Muñoz Quirós, obra venturosamente en marcha<sup>6</sup>— nos brinda ahora la oportunidad de contemplar cómo afronta el poeta esa enigmática y misteriosa faceta de nuestra condición humana. Y nos regala también la posibilidad de disfrutar viendo cómo, por obra y gracia de la dicción poética, todo ello se transfigura en “una música para sentir / cautivo el tiempo”, que no es sino “la música / del tiempo aleteando frágil”.

Ourense, mayo de 2016

<sup>6</sup> Poco antes de la publicación del libro que comentamos aparecieron una amplia recopilación de toda la obra precedente de Muñoz Quirós (con un título bien revelador: *Tiempo y memoria*, Vitrubio, Madrid, 2015), más otros dos poemarios (*Femenino singular*, Libros del Aire, Madrid, 2015; y *Las palabras distraídas*, Madrid, Vitrubio, 2015).

